



Soy un tipo con suerte. Principalmente por dos motivos. El primero es por haber leído antes que un buen puñado de personas (esperemos que sean cientos, miles) esta nueva novela de Carlos Samper Revuelta. Y eso te incluye a ti también, lector. De hecho, esta suerte mía es tan recurrente que empiezo a pensar que me he convertido en una especie de «lector cero» para él. Aunque eso sí sería buena suerte, sobre todo viendo el nivel que está adquiriendo su prosa en los últimos años.

Conocí a Carlos cuando los dos éramos profesores en el mismo centro. Él de Biología, yo de Lengua y Literatura. Yo acababa de publicar una novela; él, con la humildad que lo caracteriza, me dijo que tenía otra, escrita años ha, guardada en un cajón. Fantasía épica. Una trilogía. Seguro que recuerda la cara que le puse, mi excusa para no leerla, la anécdota que siempre cuento de que leí la primera parte de *El señor de los anillos* y luego la segunda, pero que tuve que dejarla a mitad porque eso no se arreglaba ni con el mejor de los puntos de giro. Pero accedí, tentado por la curiosidad y por el hecho de que Carlos era mi superior. ¿El veredicto?



Me ventilé la primera parte de *El retorno de las Hechiceras Negras* en una tarde. «Quiero la continuación», le mandé en un mensaje de texto. Y en tres días era fan absoluto de Carlos; doblemente fan, como persona y también como autor.

Meses después publicó la novela (las tres partes en un solo volumen; y estad atentos, porque en breve habrá reedición con novedades), seguida luego por un cuento de terror (*En lo profundo del lago*, que todavía me provoca escalofríos cuando lo recuerdo) y, después, ya en la editorial Dilatando Mentes, *Preventorio*, donde hilvanaba con maestría el pasado y el presente en dos tramas que giraban alrededor de ese paraje abandonado e inhóspito de la geografía alicantina.

Y ahora llega *Ocultos*. Y Carlos lo ha vuelto a hacer. Me ha tenido dos días enganchado a una novela que se lee con la respiración contenida desde la primera página, desde ese prólogo que nos sitúa ante algo que acaba de ocurrir y, eso deseamos, todo lo que podría pasar.

En esta novela encontramos el universo habitual de Carlos: el cine y las novelas de terror (*Psicosis*, *Sé lo que hicisteis el último verano*, *Tiburón*, *El resplandor...*), los videojuegos (esa mochila plagada de objetos que, antes o después, deberán usarse), los cómics (Carlos es de Marvel, pero se lo perdono), personajes y lugares con nombres impronunciables y unas tramas que arrastran al lector y lo obligan a seguir leyendo sin parar. Porque en los cinco días que duran los hechos que aquí se narran no hay tregua alguna; y cuando parece que la historia llega a un claro, a una meseta, un nuevo giro hace que todo se tambalee, crezca la angustia y la montaña rusa empieza a ponerse de nuevo en movimiento.

También están presentes algunos guiños personales (ese gorro rojo del Arsenal...) y la querencia por los mapas, quizá fruto de su citada pasión por los videojuegos, presentes en toda su obra, bien como plasmación de ese mundo inventado, bien como ayuda al lector que se adentra, como los personajes, en un mundo desconocido. Y ni que decir tiene que la aparición de esos mapas, tanto en *Preventorio* como ahora en *Ocultos*, no es para nada forzada. En la primera porque es un objeto más del sanatorio de Busot; en la segunda, porque es la mejor forma de no perderse en una isla desconocida.

Acompañados por la pluma ágil y certera de Carlos Samper nos adentramos en la ficticia isla de Kalsegvahrtde, frente a la muy real ciudad

noruega de Ornes. La mitología nórdica lo envuelve todo, la noche polar lo abarca todo y los protagonistas, Mark y Jamelia, se verán inmersos en una aventura contra el reloj: sus hermanas, Kate y Jane, les han enviado un mensaje para que vayan a esa remota isla, pero ahora parece que se han evaporado. Todo el mundo las ha visto, pero ellos van dos pasos por detrás y, lo más angustioso, tú como lector quieres ir cinco páginas por delante.

La función de cualquier prólogo es invitar a leer el libro que sigue. Por eso tiene que ser corto. Cuanto más mejor, porque cuanto más se habla en el prólogo menos se dice del libro y menos dice eso del prologuista. Así que voy terminando. Cualquiera que entre en *Ocultos* verá que hay intriga, escenas que le hacen entrecerrar a uno los ojos ante la descripción o la narración de lo macabro y unos diálogos que fluyen con realismo. Todo ello es el mejor ejemplo de lo que decía Alan Lelchuk, profesor de escritura creativa de David Foster Wallace: «hay que mostrar, no contar».

Al principio decía que soy un tipo afortunado por dos motivos. El primero era haber leído la última novela de Carlos Samper casi antes que nadie. El segundo motivo es haber tenido la suerte de escribir estas líneas. Gracias, Carlos. Nos vemos en las librerías.

Sergio Mira Jordán
Noviembre 2018



